

Suboficiales en la Historia

Por: Miguel PARRILLA NIETO
(Subteniente de Ingenieros)



SARGENTO MARTIN RAMOS

• UN GALON DESDE LAS NUBES

LA narración de los acontecimientos ocurridos en Kalao, posición de Larache, al borde del río Bokfú, presenta caracteres de intenso dramatismo, tanto por el valor y abnegación sublimes de quienes fueron sus protagonistas, como por el contenido humano de algunas particularidades añadidas a los hechos puramente bélicos.

Era el 17 de septiembre de 1924. Aislada en un desierto de lomas y barrancos, la posición de Kalao destaca en el horizonte como una corona de pedruscos enmarcados por agreste fraga de chumberas y espinos. Al pie, enraizados en el berrocal de las laderas, un número indeterminado de brunos personajes acecha, gumia al cinto, al grupo de soldados españoles que han sido designados por la Comandancia General del territorio, para ha-

cer de avanzadilla permanente en la línea de posiciones de vanguardia.

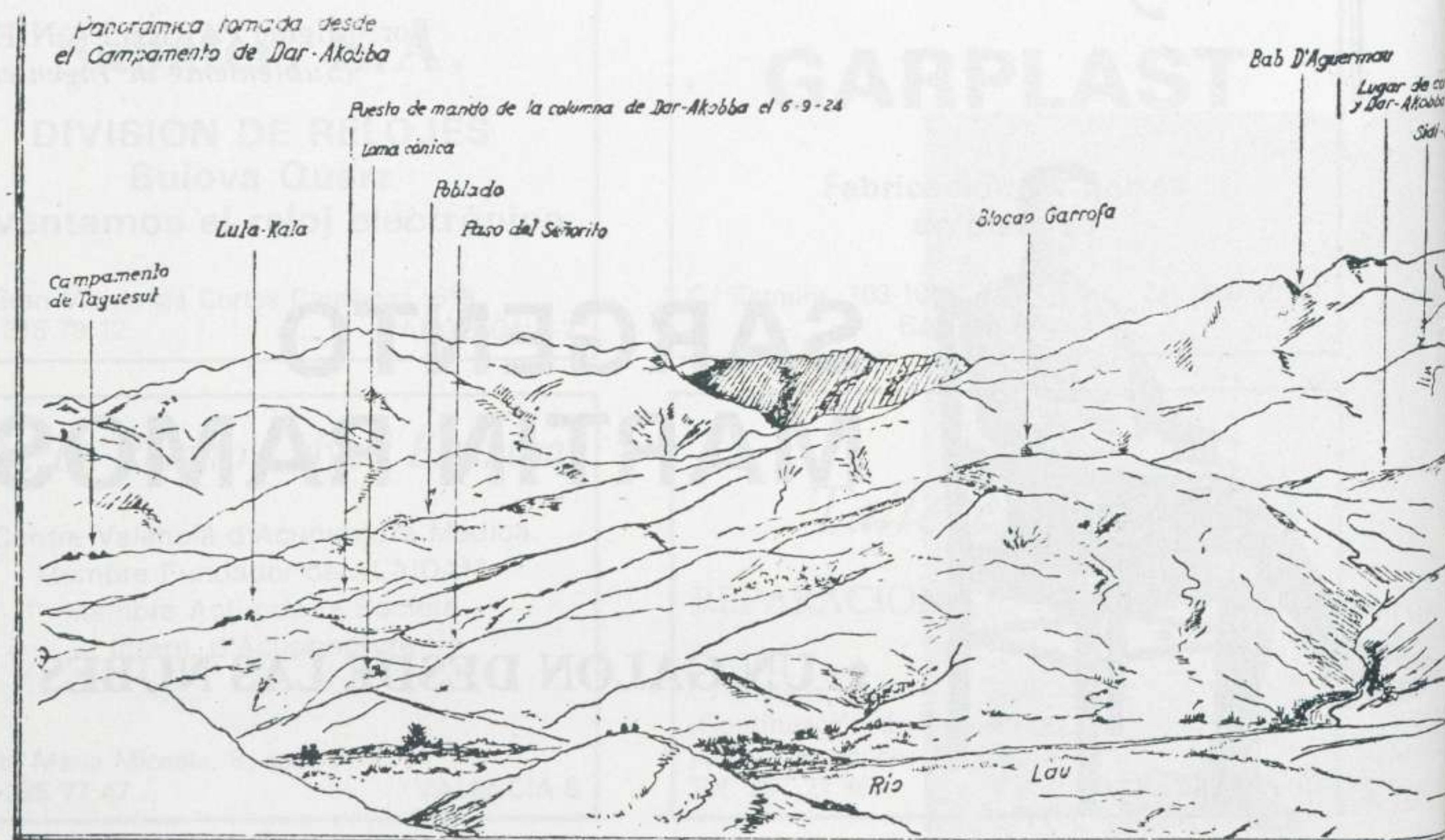
Kalao lleva varios días aislado del despliegue de la zona; un notable, el caid Buyemer, que se dice amigo de España, invita al alférez jefe de la posición para negociar el cese del cerco impuesto por la morisma. El oficial acepta la propuesta del musulmán y acompañado por una escolta de cuatro hombres salta el parapeto. Apenas desfilado del fuego de protección que pudieran hacer desde el blocao, caen, los cinco, prisioneros a manos del enemigo.

Momentos después, la masa enardecida de asediantes intenta destruir las defensas y aniquilar la resistencia de Kalao; pero una réplica férrea dirigida por el sargento que ahora ejerce el mando, desbarata los planes de Buyemer y su horda. Prosigue pues una defensiva estática for-

zada por los acontecimientos. Diez días más tarde, el 27 de septiembre, un balazo en el pecho deja mal herido al responsable de la posición.

Tendido en el suelo, sobre una manta progresivamente enrojecida, el sargento agonizante convoca a los cabos de la guarnición, y entre silencios penosos y entrecortados estertores, dicta lo que pudiera denominarse su testamento de trinchera: primero exige el juramento de no abandonar el puesto bajo promesas o fuerza alguna por parte del enemigo, después, concede el mando al cabo Martín Ramos de la Viuda.

Cae la noche sobre la posición sitiada. Los cabos velan el cadáver del sargento, y al amanecer... el ritual de siempre: una fosa desenterrando piedras a golpe de piqueta, sudario de borra listada, el descen-



Vista panorámica de la zona de Xauen en el territorio de Gomara.

so breve de un cuerpo desangrado y como colofón el lúgubre precepto, un Padrenuestro y la humilde cruz de chinas señalando el túmulo.

Pasan las fechas en el mando del cabo Martín Ramos. La posición es un monolítico reducto inaccesible a toda argucia exterior o intento de violencia. Escasea hasta lo más elemental en la supervivencia de los hombres; sin embargo, el sentido del deber no se quebranta. El día 5 de octubre el cabo transmite a su comandante:

«El enemigo sigue hostilizando la posición con fuego de fusil y lluvia de piedras. Construye minas y nos invita a la rendición, pero no nos rendiremos. Esta mañana hemos dado muerte a dos salvajes que nos tiraban piedras. El espíritu de la guarnición, inmejorable. Tenemos diez enfermos y dos heridos, uno de ellos grave. Hoy nos comemos

los gatos y mañana nos comeremos los perros».

A mediados de octubre, visto por el mando español la dificultad de reconquistar Kalao, se cursa un heliograma al jefe de la posición por el que se autoriza un abandono ordenado siempre que la retirada pueda revestir alguna garantía de éxito, mas, la respuesta, tan espontánea como todos los mensajes de Martín Ramos, no da lugar a confusas interpretaciones:

«He conseguido subir a la posición 150 litros de agua, disponiendo ya de 200, por cuyo motivo no la eva-cuo y sigo la defensa».

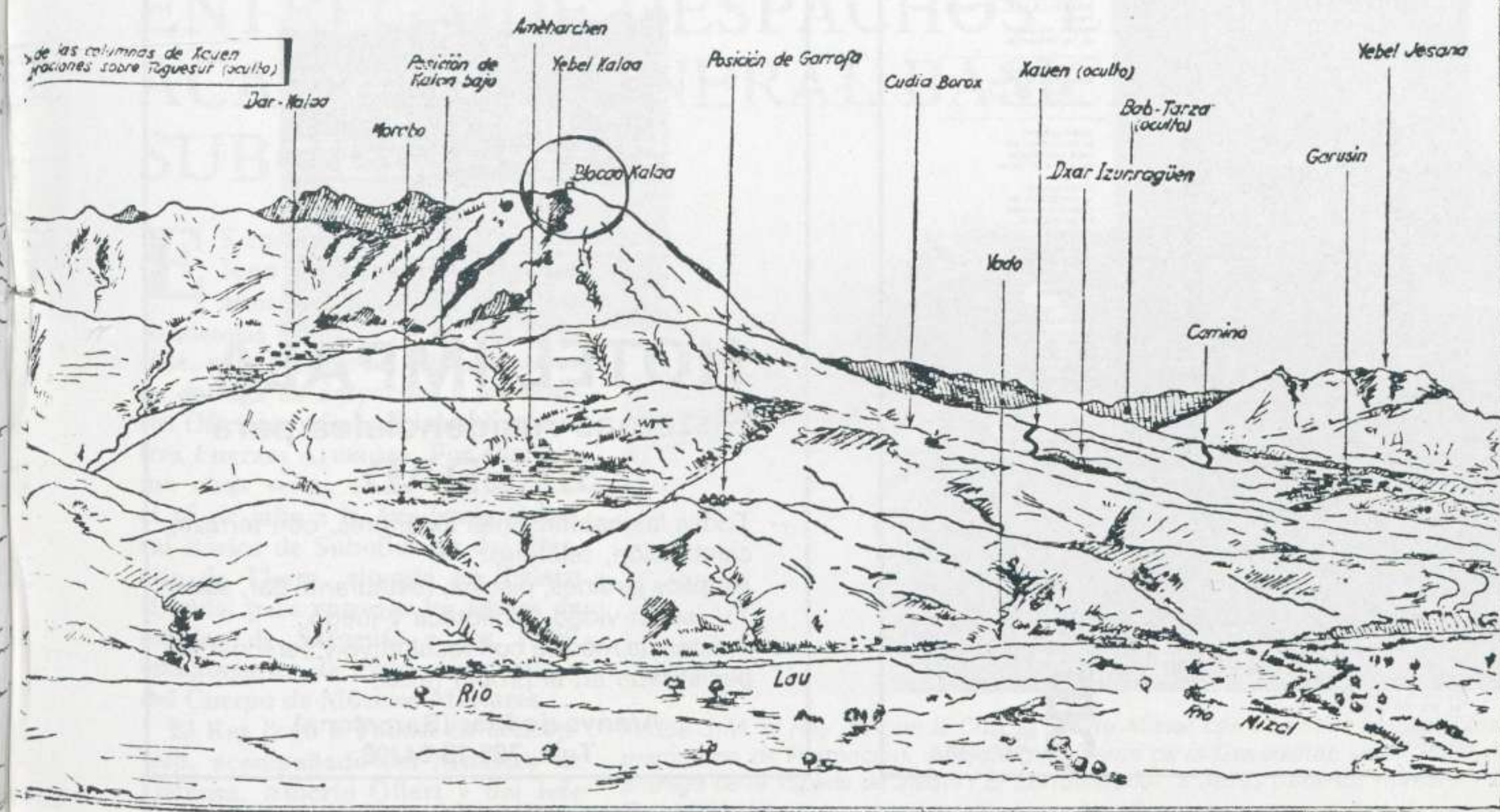
Una mañana, apenas fuera el sol por el Yebel Jesama, el ruido de un avión pone en alerta la esperanza al pequeño grupo de Kalao. Aparece sobre el río Lau, sobrevuela el poblado de Ameharchen y al fin, girando por Beni-Hassam, se sitúa en

la vertical del puesto. Una algarada indescriptible recibe la presencia del aparato; éste describe unas órbitas y casi a ras del suelo deja caer un bulto. El piloto saluda con el brazo y el aeroplano se pierde en dirección a Xauen.

Un bidón de agua, víveres, algunos medicamentos y un sobre, constituyen el contenido del envío. Martín Ramos se sorprende al leer el membrete de la carta oficial: «Comandante General de Larache», pero su asombro llega al pasmo cuando, al despegar la cubierta, encuentra en el interior un oficio dirigido a él y con el siguiente encabezamiento: «Ministerio de la Guerra».

El texto decía así:

«En vista del escrito del General Jefe del Ejército de España en África, dirigido a este Ministerio dando cuenta de haber concedido el empleo de sargento al cabo del Regi-



miento de Infantería Sicilia n.º 7 Martín Ramos de la Viuda que se hizo cargo de la posición de Kalao Considerando que los hechos expuestos revelan un temple de alma y patriotismo muy de apreciar en un individuo de tropa que manda una fuerza en situación tan crítica, debe hacerse excepción a favor de los proceptos reglamentarios y se confirma en el empleo de sargento al referido cabo Martín Ramos, sin perjuicio de las demás recompensas a que se haya hecho acreedor».

Ahora ya no cabe duda al flamante sargento de que el galón grapado a la hoja de papel ha de colocarlo sobre las mangas de su guerrera.

Aún soportan Martín Ramos y sus hombres cuarenta días más de asedio, cuarenta días en situación desesperada, con un muerto por sed, un loco, algún intento de suici-

dio y los últimos cinco días sin nada que llevarse a la boca. Los ojos velados por la fiebre hurgan incesantemente en el cielo, pero sólo los cuervos aparecen sobre los defensores de Kalao como siniestro presagio de un fin próximo y en apariencia inevitable.

Al tercer mes de aislamiento y cuando ya sólo un milagro podría salvar aquel fantasmal reducto, una columna avanza ladera arriba espantando a tiros a un enjambre de agarenos que dejan en su carrera hilachas de turbante prendidas en los espinos. El cerco ha sido roto y una basta operación se pone en marcha sobre el territorio de Gomara. Uno tras otro, los puestos perdidos van siendo evacuados, aunque la guerra seguirá con suerte varia causando bajas sobre la carne española.

Martín Ramos de la Viuda pre-

senta a sus liberadores un barracón de moribundos, el cementerio y lo que aún queda de aquella sección asignada un día a un alférez desaparecido: hombres esqueléticos, barbudos, semiencueros y cubiertos de andrajos que bullen de piojos.

Camino de Xauen, un sargento, con los galones descoloridos por el sol, volvía el rostro para decir adiós al recinto de gloria y pesadilla que no volvería a pisar en muchos años la planta de un español. Kalao, como Tikún, Abada Alto, Magot y varios blocaos más del sector occidental, carecían ya de valores militares para el mando; pero sus nombres pasarían a la historia total de nuestra patria, unidos inseparablemente a los de sus defensores: Martín Ramos, Sánchez Vivancos, Blanco Pardal, Roig Soler... y tantos otros borrados por la muerte, el tiempo y el olvido.